



El horror de la Gran Guerra en *Gallipoli* (TV, Australia, 2015)

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La
Rioja (UNIR)

Esta estupenda y poco conocida serie, inspirada en el libro homónimo de Les Carlyon, narra la sangrienta operación militar que acabó en un desastre mayúsculo para los aliados en la Gran Guerra. El Primer Lord del Almirantazgo, Winston Churchill, confiaba en poner fuera de juego a Turquía, llevando a cabo un atrevido desembarco de tropas en Tracia y tomar Estambul. Nada sucedió

como se esperaba. Las tropas aliadas se vieron empantanadas en un enfrentamiento de desgaste sin igual, dando lugar a una de las mayores carnicerías sin sentido de la guerra.

Dicha memoria traumática perdura de una forma recurrente en Australia, tal y como se ha podido observar en películas como la soberbia *Gallipoli* (Peter Weir, 1981) o la estimable *El maestro del agua* (Russell Crowe, 2014), o en la serie *Deadline Gallipoli* (TV, Australia, 2015), ofreciendo el punto de vista de varios periodistas; o la turca *Çanakkale: Yolun Sonu* (Kemal Uzun, Serdar Akar y Ahmet Karaman 2013). En esta ocasión, cuenta las experiencias vividas por dos jóvenes hermanos australianos, Thomas Johnson (Kodi Smit-McPhee) y Bevan (Harry Greenwood), huérfanos de padre, que se han enrolado para defender al rey, al imperio, cumpliendo con su deber, y empujados por un *espíritu de aventura* se darán de bruces con la cruda realidad.



DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2023.33.2.634-641>

Copyright © 2023 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2023. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

Desde las primeras imágenes, la serie recrea con suma credibilidad y detalle el primer día del desembarco en Gallipoli, en abril de 1915 (tras varios intentos fallidos que no se recogen en la trama), viendo caer a sus camaradas, teniendo que acabar con los enemigos a punta de bayoneta y sorteando el fuego intenso, en una extenuante pugna de ataques y contraataques por la posesión de las alturas; y donde vivir o morir, a veces, es pura cuestión de azar. Nada es como habían pensado que sería, padeciendo crisis nerviosas y ansiedad. Aunque la historia se centra en la suerte de estos jóvenes y cómo la violencia que les rodea les va cambiando (Thomas lo cuenta y recuerda en primera persona), también retrata las propias idiosincrasias y miserias cotidianas: la actitud de los oficiales del Estado Mayor, lejos de saber lo que está sucediendo en la primera línea de batalla, incide en proseguir con la lucha aun desconociendo la gravedad de la situación; se destaca la negligencia operacional al no haber tenido en cuenta la geografía adversa. Y, por supuesto, se percibe el caos de la batalla, las pésimas condiciones de la tropa, el duro castigo que reciben del adversario, la impiedad contra los que se rinden (en ambos bandos), la pérdida irreparable de compañeros, etc. Todo un mosaico de personajes a lo

largo de los siete capítulos enriquece las distintas visiones que se ofrecen de la campaña: los soldados Cliff, (Tom Budge), Dave (Sam Parsonson) o Stewie (Travis Jeffery), el capitán Taylor (Jeremy Lindsay), el sargento Perceval (Matt Nable), corresponsales como Ellis Ashmead-Bartlett (James Cllis) -cuyos reportajes sobre lo que está acaeciendo, considera la operación un error de cálculo, son censurados-; o la fría actitud del comandante supremo, sir Ian Hamilton (John Bach), bien resguardado en su barco, lejos de la línea de frente, y obsesionado con hacer historia.



Bien es verdad que el punto de vista turco se ofrece menos, aunque sí hay algunos detalles, en las que se les ve sangrar y morir a centenares. Las escenas dejan ver las flaquezas y fortalezas de los soldados, su padecimiento y dudas, las tensas esperas y las bromas y chanzas liberadoras, en una situación en la que de conquistadores pasan a ser asediados, defendiendo las trincheras



de un enemigo superior en número y que lucha con arrojo por su tierra. También se denuncia la equivocada decisión de proseguir, cuando la operación se percibía estancada y el altísimo número de bajas sufridas (tantas que deben hacinarse en la playa) no presagiaba nada bueno. *Gallipoli* se convierte poco a poco en una serie bélica con demasiadas víctimas y sin héroes, tan sólo supervivientes; con una mirada sucia y desoladora de una guerra plegada a las terribles cargas frontales y resistencias amargas. O lo que es lo mismo, la península se acaba por convertir en un gran cementerio.

Este microcosmos es la síntesis que retrata la más terrible faz de todo

conflicto. Resulta paradójico que en medio de tantas matanzas, salgan a relucir las típicas rivalidades entre cuerpos, infantería y caballería, aunque defiendan la misma bandera; para luego acabar por hermanarse al compartir las mismas penalidades e incertidumbres cotidianas propias del soldado. Se muestra, además, la caballerosidad que se acabará dando entre otomanos y australianos, ateniéndose al símbolo de la bandera de la Cruz Roja, cuando se avienen a congregar a los heridos caídos en tierra de nadie. Incluso, el 24 de mayo se acordaría una breve tregua para recoger los cientos de muertos pudiéndose entre ambos frentes. Y es en esos momentos cuando los

hermanos y sus compañeros descubren que los turcos no son tan diferentes a ellos. Dejan por un instante de ser el adversario y comparten cigarrillos, la misma cantimplora y, por supuesto, la añoranza de la familia o las novias mientras clasifican y entierran en fosas comunes los cadáveres. Breves *flash-back* nos hacen ver la vida que Thomas y su hermano han dejado atrás, a la novia de éste, Celia (Ashleigh Cummings), de la que Thomas está enamorado en secreto, y que contrastan fuertemente con los horrores por los que están pasando.



El transcurso de los días, las semanas y los meses convierten a la península en un lugar entre el cielo y el infierno para aquellos jóvenes, un mundo existencial para la mayoría, mientras velan por no perder la vida. La pequeña franja de tierra que controlan, surcada de trincheras, es un hormiguero de tropas nuevas y veteranas, de ir y venir en una diminuta playa de suministros y heridos. Pero aquellos jóvenes aprovechan lo que pueden para disfrutar de las pequeñas distracciones que se les ofrecen, como

bañarse y bromear. También sufren, pese a todo, pesadillas, o comparten complicidades con el enemigo. La lucha deriva en un juego de supervivencia macabro (como si fuese una actividad deportiva). Claro que Thomas ya no es el mismo chico incauto del inicio, a pesar de sus 17 años. La violencia ha troquelado su semblante y no es optimista respecto a su devenir... Sin embargo, los altos mandos prefieren ocultar la verdad, hacer pensar en Londres que la operación marcha bien, cuando no es así. Y no dudan en controlar la información que sale hacia el exterior para evitar que se conozca la naturaleza de tanto horror. Por ello, mantienen a un grupo de corresponsales, con Bartlett a la cabeza, en una isla griega, Imbros (junto al Cuartel General), y teniendo que pedir permiso para visitar el frente.



Paralelamente, el pobre Thomas, como tantos otros, resultará herido en un asalto y trasladado a El Cairo, por lo que nos permite ver otro lado importante de los conflictos: los

hospitales (como tan bien se desvela en el mítico film *Johnny cogió su fusil* (Dalton Trumbo, 1971). Aunque su herida no es grave, otros, en cambio, padecen el estrés de guerra, con pesadillas nocturnas, angustias y gritos en plena noche. Se observa, incluso, a la guapa enfermera que le atiende, Tessa (Gracie Gilbert), cubierta de sangre llorando desconsolada porque también ella debe padecer su propia carga emocional viendo morir a tantos jóvenes. Se sintetiza, así, perfectamente la afección psicológica generalizada de cómo afectan los conflictos a las personas. Además de las balas enemigas, se destaca el tema de las enfermedades que acaban por ocasionar, incluso, más bajas en la tropa debido a la mala alimentación (hacen lo que pueden con las raciones que tienen) o las condiciones tan poco higiénicas de las trincheras (llenas de moscas y piojos en el tórrido verano). Después de todo, el mismo suelo de las trincheras está *acolchado* con los cadáveres de cientos de turcos muertos y cubiertos de tierra por encima.



Pese a todo, Bartlett, tenaz y testarudo, obviando la prohibición del rígido general Braithwaite (Nicholas Hope) de impedirle acercarse a Gallipoli, buscará la manera de alcanzar el frente y conocer de primera mano lo que sucede. En las largas esperas, los jóvenes reciben el correo con las noticias de casa, tan lejana, tan irreal y, al mismo tiempo, tan extraña. No obstante, Thomas no será repatriado, sino que una vez repuesto, retornará con su hermano y los demás compañeros. El recibimiento es brutal, temible, porque se ha pasado de una guerra de ataques heroicos, a otra sucia, de francotiradores. Se esconden y aguardan al acecho hasta que se encuentran en su punto de mira. Y una vez más, Thomas se libra por un pelo de recibir un disparo mortal. A pesar de todo, no pierden el sentido del humor, es lo único que les queda en tal situación, pero la guerra no deja de ser cruel, terrible y desalmada... uno puede pasar de la risa al espanto, y ver cercenar la vida de los que uno más quiere de la manera más inesperada, como cuando Cliff es abatido por un

aislado disparo. Le querían y apreciaban. Y el duelo es durísimo para los dos hermanos y el resto de supervivientes.



Empujado por la muerte de su amigo, Thomas se presentará voluntario para convertirse en un temible francotirador, gracias a su excelente puntería. Pero no todo es concordia entre los soldados, hay pesar, hartazgo y una pizca de desesperación que se recoge en la pelea de Bevan, un devoto realista, y Dave, un intelectual, harto de que despotrique contra el rey, en un momento dado. Más compañeros apreciados morirán a lo largo de las semanas siguientes y despedirse de ellos va pesando cada vez más en sus conciencias.



Del mismo modo los turcos, como se ha indicado menos perfilados, son tratados con la debida dignidad y humanidad, se les ve sufrir y padecer por la crudeza de los combates, ellos luchan por Alá y los australianos por Dios, aunque como le señalará Dave a Thomas al final, son el mismo dios, lo que dejará perplejo al incauto joven.



En agosto de 2015, queriendo romper este impasse, el comandante supremo Sir Ian Hamilton ideará un plan de ruptura. Sobre el mapa la ofensiva es infalible y rechazará las dudas que se le plantean. Los hechos, en cambio, se desarrollarán de otra forma. Thomas y sus compañeros atacarán, junto a muchas otras tropas del imperio británico, con arrojado valor y entusiasmo, pero de nuevo el enfrentamiento derivará en otra brutal carnicería con inútiles y suicidas ataques frontales. Todo por cumplir con la obediencia ciega y las malditas órdenes recibidas. El único triunfo que se cosecha lo protagonizan Thomas y sus amigos, pero es incidental. La operación resultará, en todo caso, costosa en hombres y fallida.



La merma de confianza entre los propios mandos superiores envarados en sus orgullos e idiosincrasias, incapaces de revelar la verdad a Sir Ian Hamilton, comenzará a ser ostensible. Incluso, desde Inglaterra, el secretario de Estado para la guerra, Lord Kitchener (Lachy Hulme) se planteará asumir el fracaso. Tras la pantalla de secretismo militar que rodea el fracaso, las noticias que se publican son positivas, de avances imaginarios. Por lo que un periodista, Keith Murdoch (Damon Gameau), interpelado por Bartlett, decide dar el paso desvelando la verdadera situación una vez regresa a Londres, buscando salvar algunas vidas... Llegará el gélido invierno y también el anuncio de los terribles obuses alemanes. Por lo que la decisión de retirarse se hace irrevocable, pero todos no volverán, y sus desgracias tampoco acabarán allí.



Gallipoli no deja de ser en cada capítulo una serie intensa y sobrecogedora, un recorrido de aquellos acontecimientos componiendo un fresco veraz y sumamente realista, desde muy diversos ángulos y personajes, de aquella fallida operación que despeja todas las dudas sobre la naturaleza brutal e insensata de toda guerra, al tiempo que sirve de memoria y homenaje a todos los que murieron, de un bando como de otro, en ella (120.000 soldados, entre australianos, neozelandeses, británicos, franceses, hindúes y turcos). Es una producción muy crítica con los militares de carrera, destaca por su capacidad de trasladarnos a aquellos hechos con fidelidad, y por atender la importancia que cobran los corresponsales de guerra que velan por la verdad, incluso cuando gobiernos democráticos ocultan su faz más espantosa. *Gallipoli* se convierte por entidad propia (con sus licencias y sus imperfecciones históricas, que siempre las hay), posiblemente en la mejor recreación televisiva que se ha hecho sobre

aquella despiadada, sangrienta y descorazonadora batalla, de la cual debimos haber tomado buena cuenta.



Australia, 2015. Título original: Gallipoli.
Productora: Nine Network Australia.
Dirección: Glendyn Ivin. Guion: Les Carlyon y Christopher Lee. Música: Stephen Rae.
Fotografía: Germain McMicking. Reparto: Kodi Smit-McPhee, Nicholas Hope, Travis Jeffery, Aidan Puglielli, Cris Cochrane, Scott Terrill, Ashleigh Cummings, Charles Mayer, Jamie Coffa, Kazim Kane, Enrico Mammarella, Gracie Gilbert, Alex Tsitsopoulos, James Callis y Anthony Hayes. 7 episodios.